

George Orwell y su relevancia para el Siglo XXI

Ningún escritor narrativo del siglo XX ha contribuido tanto como George Orwell a nuestro lenguaje político contemporáneo, empezando por el uso de su propio nombre: hoy en día el adjetivo «orwelliano» forma parte integral del lenguaje cotidiano, y la comprensión del término implica necesariamente cierta familiaridad —aunque sea muy de segunda mano— con la obra narrativa. La influencia de Orwell sobrepasa con creces su difusión estrictamente literaria. No poca cosa.¹

¹«*Orwelliano* — Adjetivo que describe la situación, idea o condición societaria que George Orwell identificó como contraria al bienestar de una sociedad libre y abierta. Connota actitudes que se asocian con una política de control draconiano por medio de propaganda, vigilancia, desinformación, negación de la verdad y manipulación del pasado, incluyendo el concepto de la “no-persona” —la persona cuya existencia pasada es borrada de todo registro público y de la memoria colectiva— practicada por modernos gobiernos represivos. A menudo esto incluye las circunstancias descritas en sus novelas, particularmente *1984*» (*The Oxford Companion to English Literature*, 6ª ed. [Oxford University Press, 2000], p. 726). Otro término literario de comparable difusión en el léxico cotidiano es «kafkiano», que es usado (y comprendido) por personas que nunca leyeron una sola línea de la obra de Franz Kafka.

Por otro lado, se trata de un autor paradójico. Aunque fue un socialista convencido hasta el final de su vida, su famosa novela *1984* constituye una dramática y conmovedora denuncia del peligro totalitario que yace latente en el sistema económico que él mismo pregonaba y defendía. Debido a esto, Orwell siempre fue un autor problemático para la izquierda. En círculos libertarios, en cambio, ha sido leído y estudiado con simpatía, y con buena razón, porque pocos escritores del siglo XX han contribuido tanto como él a nuestra comprensión de las condiciones para el florecimiento de una sociedad libre. Pocos escritores, asimismo, han señalado tan claramente las amenazas que constantemente la acechan, tanto de un extremo ideológico como del otro. No es un cliché, por tanto, decir que Orwell es un autor «relevante» para nuestros tiempos, y seguirá siéndolo mientras haya enemigos de la libertad. Es un autor que vale la pena estudiar con cierto detalle.

Julio H. Cole es editor de *Laissez-Faire*. Su libro más reciente es *Cinco pensadores liberales* (Madrid: Unión Editorial, 2016).

Este trabajo obtuvo el tercer premio en el Noveno Concurso de Ensayo “Camino de la Libertad” (México, D.F., 2014). Publicado originalmente en *Noveno Concurso de Ensayo Camino de la Libertad: Memorias* (México: Fomento Cultural Grupo Salinas, 2015). Se reproduce con la debida autorización.

Vida y trayectoria

Mientras siga con vida seguiré teniendo firmes opiniones sobre estilo literario, seguiré amando la superficie de la Tierra, y seguiré complaciéndome en los objetos sólidos y en los retazos de información inútil.

— George Orwell (1946)²

Su verdadero nombre era Eric Arthur Blair, y nació el 25 de junio de 1903 en Motihari, un pequeño pueblo del norte de India, localizado a unos 40 kilómetros al sur de la frontera con Nepal. Su padre, Richard Blair, era un funcionario colonial británico, y su madre, Ida Limouzin Blair, era hija de un comerciante francés establecido en Birmania. Desde muy pequeño fue educado en colegios internados en Inglaterra, y en 1921 se graduó del prestigioso colegio Eton.

Sus años de escuela no fueron, al parecer, muy felices, y al graduarse del colegio decidió no proseguir estudios académicos. Más bien, optó por ingresar al servicio colonial y fue enviado a Birmania, donde prestó servicios durante cinco años como sub-oficial de policía. Sus experiencias allí lo llevaron a cuestionar la legitimidad del imperialismo británico —y del colonialismo europeo en general— y fueron la base de su primera novela, *Burmese Days* (1934), y de dos ensayos muy célebres: «A Hanging» (1931) y «Shooting an Elephant» (1936).³

²«Why I Write», en *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1968), vol. I, p. 6. (En lo sucesivo, nos referiremos a esta obra como *CEJL*.)

³La subsiguiente historia política de Birmania (actualmente Myanmar) fue desastrosa, y aunque se comprende el desprecio que sentía Orwell por el colonialismo británico, es justo

En 1927 regresó a Inglaterra con la intención de convertirse en escritor, y en 1928-29 vivió por varios meses en Francia. En ambos países trató de convivir con la clase obrera en barrios marginales, y sus experiencias fueron relatadas en su primer libro, *Down and Out in Paris and London* (1933), publicado bajo el seudónimo de «George Orwell», que desde entonces sería su *nom de plume* por el resto de su vida.

A fines de 1929 regresó a Inglaterra, y por varios años se dedicó a diversas ocupaciones —maestro de escuela, empleado de una librería— al mismo tiempo que practicaba el periodismo literario y seguía escribiendo novelas (*A Clergyman's Daughter* se publicó en 1935, y *Keep the Aspidistra Flying* en 1936). En este periodo también maduraron sus convicciones socialistas, y en 1936 aceptó un proyecto, propuesto por el editor Victor Gollancz, de realizar una investigación sobre la situación de los mineros desempleados en el norte de Inglaterra. El resultado fue *The Road to Wigan Pier* (1937), que describe las deplorables condiciones de vida de los obreros de Lancashire y Yorkshire durante la Gran Depresión, al mismo tiempo que relata la evolución de la «conciencia política» del autor y las razones por las que consideraba que el socialismo era la solución a los males

señalar, no obstante, que la calidad de vida del birmano promedio probablemente fue mucho mejor bajo el dominio británico que bajo los opresivos gobiernos militares que han predominado en ese país durante la mayor parte de su vida independiente. Un político birmano de oposición una vez declaró que «Orwell es reverenciado en Birmania, ya que escribió tres libros acerca de nuestro país: *Burmese Days*, *Animal Farm* [Rebelión en la granja] y *1984*» (citado por Christopher Hit-chens, «On *Animal Farm*», en *Arguably: Essays* [Nueva York: Twelve, 2011], p. 234).

descritos. Orwell, sin embargo, siendo Orwell, no podía dejar de ser también un crítico independiente, y dedicó una buena parte de *Wigan Pier* a un detallado análisis del remedio propuesto. Como señala Richard Rovere, «fue quizá el análisis más riguroso que jamás haya recibido una doctrina política de manos de uno de sus propios adeptos».⁴

En efecto, sus problemas con la izquierda política empezaron desde este momento, porque si bien se pronunció enfáticamente en favor del *socialismo*, fue también tremendamente crítico de los *socialistas* de su época, muchos de los cuales eran demasiado utópicos, en opinión de Orwell, quien los describió también como intelectualmente elitistas y arrogantes (y en ocasiones francamente chiflados). Debido a esto, Gollancz se sintió obligado a tomar la medida, prácticamente inaudita, de escribir un prefacio cuestionando algunos de los conceptos enunciados por Orwell y matizando algunas de sus conclusiones.⁵

⁴Richard H. Rovere, «George Orwell», en Robert B. Luce (ed.), *The Faces of Five Decades: Selections from Fifty Years of The New Republic, 1914-1964* (Nueva York: Simon and Schuster, 1964), p. 369.

⁵Para un estudio más detallado de las tirantes relaciones de Orwell con la izquierda (especialmente la izquierda intelectual), véase John Rossi, «Why the Left Hates Orwell», *Intercollegiate Review*, 17 (1982): 97-105. Dos citas del capítulo 11 de *The Road to Wigan Pier* darán algún indicio del desconcierto que habrá sentido Gollancz al leer el manuscrito de la obra:

«A veces miro a un socialista —un socialista del tipo intelectual, escritor, con su *pullover*, su cabello enredado, y su cita marxista a flor de labios— y me pregunto qué es lo que *realmente* lo motiva. A menudo es difícil creer que sea amor por

Mientras tanto, Orwell había ido a España para luchar en la guerra civil como combatiente en favor de las fuerzas republicanas. En diciembre de 1936 se alistó en las milicias de un pequeño partido de orientación trotskista, el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). Fue enviado al frente de Aragón, y en mayo de 1937, cerca de Huesca, recibió un tiro en el cuello, por lo cual fue hospitalizado y luego desmovilizado.⁶ Su experiencia en España la relató en su sexto libro, *Homage to Catalonia* («Homenaje a Cataluña», 1938), donde describe su admiración por la «atmósfera revolucionaria» y la ausencia de estructuras de clase en las áreas controladas por las milicias anarquistas, y critica la represión estalinista ejercida por el Partido Comunista (dominado por Moscú) en contra de

cualquier persona, y mucho menos por la clase obrera, con quienes no tiene contacto alguno. Lo que motiva a muchos socialistas, creo, es simplemente un hipertrofiado sentido de orden».

[...]

«Además de esto está la horrible —y verdaderamente desconcertante— prevalencia de chiflados en toda congregación de socialistas. A veces da la impresión que la mera mención de las palabras “socialismo” y “comunismo” atrae con fuerza magnética a todos los tomadores de jugos, nudistas, maniáticos sexuales, cuáqueros, homeópatas, pacifistas y feministas en Inglaterra».

Orwell no tenía pelos en la lengua.

⁶«La experiencia de recibir un balazo es muy interesante», escribió, «y pienso que vale la pena de describirse con cierto detalle» (*Homage to Catalonia* [Nueva York: Harcourt Brace & Co., 1952], p. 185). Se marea uno al pensar que si la bala franquista hubiera sido solo un poco más certera, Orwell nunca hubiera escrito sus obras más famosas, y nuestro lenguaje político sería hoy en día inmensamente más pobre.

facciones de izquierda rivales y las mentiras que usaban los comunistas para justificar dicha represión contra sus propios aliados. En junio de 1937 el POUM fue declarado una organización ilegal por el gobierno republicano, dominado por los comunistas, y durante la subsiguiente represión anti-trotskista Orwell estuvo a punto de ser asesinado en Barcelona.

Hacia fines de junio de 1937 salió de España como fugitivo, rumbo a Francia. Cuando volvió a Inglaterra y empezó a escribir acerca de sus experiencias se enfrentó a la hostilidad de numerosos intelectuales que apoyaban a la República Española, ya que estos preferían que no se revelaran las divisiones entre comunistas y anarquistas, al considerarlo perjudicial para la causa republicana. Orwell también tuvo que enfrentarse a la hipocresía de intelectuales afectos a la Unión Soviética o con simpatías comunistas, y Victor Gollancz, su editor, no quiso publicar *Homage to Catalonia*.⁷ Aunque nunca renunció a sus convicciones socialistas, Orwell mantuvo desde entonces, y por el resto de su vida, una total aversión hacia el comunismo soviético.⁸

A fines de 1938 Orwell viajó a Marruecos por razones de salud (había en-

⁷El libro fue eventualmente publicado en el Reino Unido por la firma Secker & Warburg, aunque esta primera edición tuvo muy poca difusión. En 1952 se reeditó en Estados Unidos, con un prólogo por Lionel Trilling, y esta edición tuvo mucho más éxito comercial.

⁸El sentimiento fue mutuo, por supuesto, y todas las obras de Orwell estuvieron prohibidas en la Unión Soviética, no solo durante la época estalinista sino hasta el año 1988. Sobre este tema véase John Rodden, «Soviet Literary Policy, 1945-1989: The Case of George Orwell», *Modern Age*, 32 (1988): 131-39.

fermado de tuberculosis), acompañado de su siempre leal y sufrida esposa Eileen, y allá escribió su cuarta novela, *Coming up for Air* (1939).⁹ A su regreso a Inglaterra se dedicó al periodismo en diversas publicaciones de la izquierda independiente, y durante la Segunda Guerra Mundial trabajó por varios años en la BBC. Su novela *Animal Farm* («Rebelión en la granja», 1945) fue un éxito comercial, lo cual le permitió retirarse del periodismo activo para dedicarse exclusivamente a la literatura. 1984, su última novela y su obra más famosa, se publicó en junio de 1949.

El 21 de enero de 1950 George Orwell murió de tuberculosis, a la edad de 46 años. Su vida fue corta, pero fue una vida productiva y dejó muchas obras importantes. Dejó también un perdurable legado de integridad moral y de incorruptible apego a la verdad.¹⁰

⁹Eric Blair y Eileen O'Shaughnessy se casaron el 6 de junio de 1936. Eileen acompañó a Orwell a España, residiendo en Barcelona durante las estancias de su marido en el frente, y ella también tuvo que salir huyendo de España, perseguida por los comunistas. Eileen murió durante una cirugía el 29 de marzo de 1945. Eric Blair se casó en segundas nupcias el 13 de octubre de 1949 con Sonia Brownell, quien adoptó el apellido «Orwell» como su apellido de casada. Sonia Brownell Orwell falleció el 11 de diciembre de 1980.

¹⁰«El verdadero Orwell es una figura mucho más contradictoria y compleja de lo que aparenta ser en la imagen que ha prevalecido de él, y muy parecida a la de Albert Camus, a quien lo une, además del talento literario, la lucidez política y la valentía moral» (Mario Vargas Llosa, «George Orwell: socialista, libertario y anticomunista», en *La verdad de las mentiras* [Madrid: Alfaguara, 2002], p. 213). Prácticamente todos los que alguna vez han comentado sobre la vida y figura de

1984: Antecedentes

Producir una raza de hombres que no desean la libertad podría ser tan fácil como producir una raza de vacas sin cuernos.

— George Orwell (1939)¹¹

Orwell, al parecer, estaba inicialmente indeciso sobre el título de la obra, y «El último hombre en Europa» era una de las opciones. Aunque es imposible saber qué hubiera sucedido con el libro bajo este otro título, es muy probable que parte del atractivo inmediato que tuvo se haya debido precisamente a la misteriosa alusión a una fecha precisa en un futuro previsible pero suficientemente alejado del acontecer inmediato. George Steiner señala, a este respecto, que «al optar por 1984, George Orwell logró dar un asombroso golpe maestro. Puso su firma y su sello sobre un fragmento de tiempo. Ningún otro escritor lo ha hecho jamás (...)»

Orwell coinciden en este elemento de valentía personal. Otros adjetivos que muy frecuentemente se asocian con Orwell son «honesto», «íntegro» y «decente» —las cuales, dicho sea de paso, eran tres de sus palabras favoritas— y lo que más odiaba era la hipocresía. Lionel Trilling lo resumió en cuatro palabras: «Era un hombre virtuoso» («Orwell and the Politics of Truth», en *The Opposing Self: Nine Essays in Criticism* [Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1979], p. 136). Todo esto es cierto, sin duda, aunque a Orwell le hubiera intrigado esta cuasicanonización póstuma, y probablemente no le hubiera gustado. Orwell desconfiaba de los santos, y es bueno recordar a este respecto lo que escribió en un famoso ensayo sobre Gandhi: «A los santos siempre se les debe considerar culpables hasta demostrar su inocencia» («Reflections on Gandhi» [1949], *CEJL*, vol. IV, p. 463).

¹¹«[Reseña de] *Russia under Soviet Rule* por N. de Basily», *CEJL*, vol. I, pp. 380-81.

¿Cómo hay que entender una obra literaria, una obra de ficción, que “enturbia antes de su tiempo” un año en las vidas de los hombres? (...) *jamás* ha habido un hombre que borrara él solo, de un plumazo, un año del calendario de la esperanza».¹²

Es sin duda una gran novela, aunque como obra literaria no es estrictamente comparable a otras grandes novelas del siglo XX. De hecho, es un tanto paradójico que esta gran novela haya sido escrita por un autor que no es generalmente considerado como un gran novelista.¹³ En

¹²George Steiner, «Killing Time», en *George Steiner at The New Yorker* (Nueva York: New Directions, 2009), pp. 97-99. Aunque es innegable que la novela de Orwell logró efectivamente «apropiarse» del año 1984, Steiner se equivoca cuando afirma que ningún otro autor ha logrado algo semejante. Un caso parecido de apropiación anticipada de un año calendario —aunque ciertamente no al mismo grado y sin las connotaciones negativas que para siempre «enturbiaron» a 1984 en el imaginario colectivo— es el de *2001: Odisea del espacio*, de Arthur C. Clarke, escrita primeramente como guión para la célebre película de Stanley Kubrick (1968), y luego publicada como novela poco después del estreno de la película.

¹³Orwell era un gran *escritor*, pero aunque su ambición era ser recordado como novelista, la verdad es que su talento literario no apuntaba en esa dirección. A este respecto, Mary McCarthy una vez comentó: «Quizá no tenía suficientes debilidades humanas como para ser un verdadero novelista» («The Writing on the Wall», en *The Writing on the Wall and Other Literary Essays* [Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1970], p. 166). En cambio, era un crítico literario de primera, y sobre todo un gran ensayista, posiblemente uno de los mejores ensayistas de su generación. (Muchos de los temas que figuran en *1984* ya estaban prefigurados en los ensayos de Orwell. Daré algunos ejemplos de esto a

cuanto a trama, la obra ni siquiera es muy original, y el mismo Orwell admitía que gran parte de la estructura del relato la tomó de una novela titulada *We* («Nosotros»), del escritor ruso Yevgeny Zamyatin. Publicada en 1924, esta novela describe un estado mundial unitario gobernado por «El Benefactor», quien a través de un cuerpo de «Guardianes» ejerce control absoluto sobre todo aspecto de la vida humana. Los ciudadanos de este Estado no tienen nombres sino únicamente números de identificación y viven en casas de vidrio bajo constante vigilancia e inspección. Uno de estos sujetos, D-503, se enamora (acto prohibido) y se involucra en una conspiración, pero es atrapado por los omnipresentes Guardianes. Torturado, confiesa y delata a su amante, I-330, y a sus otros cómplices. Ella, en cambio, se niega a confesar y es liquidada. D-503 sobrevive pero su «imaginación» es extirpada y él es reintegrado a la sociedad, resignado a vivir bajo el manto protector del omnipotente Benefactor.

Los lectores de *1984* reconocerán de inmediato la correspondencia casi exacta de los esquemas narrativos de ambas novelas.¹⁴ El «Estado unitario» en *We* se

lo largo de este trabajo.)

¹⁴En este resumen he destacado precisamente los elementos enfatizados por el propio Orwell en su reseña de la novela de Zamyatin publicada a principios de 1946 (el año en que Orwell empezó a trabajar en *1984*): «[Reseña de] *We* por E. I. Zamyatin», *CEJL*, vol. IV, pp. 72-75. La reseña de Orwell se basó en la versión en francés del libro de Zamyatin, publicada en 1929. Para un estudio comparativo de estas novelas véase Edward J. Brown, «Zamyatin's *We* and *Nineteen Eighty-Four*», en Peter Stansky (ed.), *On Nineteen Eighty-Four* (Nueva York: W. H. Freeman and Co., 1983), pp. 159-69.

convierte en «Oceanía» en *1984* (con la diferencia de que en el relato de Orwell no existe un único Estado mundial, sino tres estados totalitarios que compiten incesantemente por la supremacía global); el Benefactor es por supuesto el Gran Hermano (*Big Brother*) y los Guardianes son la «policía del pensamiento». El personaje principal de la novela de Orwell, Winston Smith, sí tiene un nombre personal, pero su nombre oficial es «6079 Smith W». Las viviendas transparentes en *We* tienen el mismo propósito que las pantallas televisivas en *1984*, y la tortura física y mental en *We* tiene su contraparte en el siniestro «Salón 101». Winston Smith también será «curado» de sus malignas memorias personales, y con el tiempo aprenderá a «amar al Gran Hermano».¹⁵

Una diferencia importante en la novela de Orwell y que contribuye a la dinámica del relato es que, como ya señalamos, el mundo de *1984* no está gobernado por un solo Estado totalitario, sino por tres superpotencias que compiten entre sí. «Oceanía», donde transcurre la narración,

¹⁵En *1984* los personajes no están muy desarrollados —muchos críticos piensan que son unidimensionales— y esta es una de las críticas más comunes de la novela, considerada como obra literaria, aunque hay que señalar que en este caso la carencia de personalidades bien definidas es en cierto modo compatible con la premisa central del relato: en el mundo de *1984* la individualidad es un concepto obsoleto y todo está diseñado precisamente para *impedir* el desarrollo de personalidades fuertes, i.e., para aniquilar la personalidad humana como tal. Si Winston Smith tuviera una personalidad auténtica y autónoma, no viviría en el mundo de *1984*. Véase, a este respecto, unos comentarios sumamente perspicaces de Irving Howe, «Orwell: History as Nightmare», en *Politics and the Novel* (Nueva York: Horizon Press, 1957), pp. 237-38.

es un Estado que amalgama a Estados Unidos y el Reino Unido y sus dependencias de ultramar. Los otros dos superestados son «Eurasia», que domina el continente europeo y Rusia, y «Estasia», que básicamente consiste de China y Japón. Estos tres estados compiten militarmente por el dominio del resto del globo.

Esta visión del mundo dividido en tres grandes bloques antagónicos de hecho se hizo realidad durante la Guerra Fría, y bajo circunstancias geopolíticas muy similares a las previstas por Orwell.¹⁶ La única diferencia significativa es que Orwell al parecer pensaba que para 1984 toda Europa estaría dominada por la Unión Soviética. Un hecho interesante es que Orwell, a diferencia de la mayoría de los anticomunistas de su época, previó que un triunfo comunista en China no resultaría en un bloque comunista monolítico, sino que los chinos y los soviéticos serían enemigos acérrimos. Esta intuición geopolítica podría haberse debido a su experiencia como sectario de izquierda: Orwell sabía que entre izquierdistas la solidaridad ideológica no es la norma sino la excepción.¹⁷

Aparte de este detalle geopolítico, no hay mayor diferencia entre los esquemas narrativos de ambas novelas, y en el lenguaje moderno casi podríamos describir a *1984* como un *remake*, posiblemente mejorado, de la novela de Zamyatin. Existe, sin embargo, un elemento añadido crucial

en la novela de Orwell que la convierte en algo más que simplemente otra anti-utopía futurista. Este elemento tiene que ver con el papel del lenguaje como instrumento de manipulación —o más bien, con la manipulación del lenguaje como instrumento de control— y es un tema que a Orwell había empezado a preocuparle mucho antes de empezar a trabajar la novela como tal.

“El Gran Hermano te vigila”

Desde el punto de vista totalitario la historia no es algo que se aprende sino algo que se crea.

— George Orwell (1946)¹⁸

Winston Smith, el personaje central de la novela, es un funcionario de baja jerarquía en el Ministerio de la Verdad, y su trabajo consiste en alterar los documentos históricos a fin de que estos coincidan en todo momento con la versión más reciente de la «verdad» oficial, la cual se define siempre en función de las necesidades del Estado y de acuerdo a los dictados infalibles del Partido. De este modo, por ejemplo, cuando Oceanía por razones estratégicas abruptamente realinea sus alianzas, convirtiéndose en aliado de Eurasia (su viejo enemigo) y en enemigo de Estasia (su anterior aliado contra Eurasia), el Ministerio de la Verdad modifica todos los registros históricos a fin de demostrar

¹⁶Otro dato interesante: fue Orwell quien acuñó la expresión «guerra fría» —o por lo menos fue el primero en utilizarla por escrito— en un artículo titulado «You and the Atom Bomb» (1945), *CEJL*, vol. IV, p. 9.

¹⁷En esto se parecen mucho a los cristianos, que históricamente han mostrado una marcada tendencia a pelearse a muerte por las minucias doctrinarias más insignificantes.

¹⁸«The Prevention of Literature», *CEJL*, vol. IV, p. 63. En la era soviética, en los países comunistas circulaba un chiste con un decidido sabor orwelliano: «Bajo el comunismo solo el futuro es seguro; el pasado siempre está cambiando» (citado por G. Warren Nutter, *The Strange World of Ivan Ivanov* [Nueva York: World Publishing Co., 1969], p. 22).

de que Oceanía *siempre* fue enemigo de Estasia y *nunca* fue enemigo de Eurasia. En el Ministerio de la Verdad también se alteran fotografías y los archivos públicos se reescriben para borrar referencias a personas que el Partido ha decidido eliminar de la historia.

En el mundo de *1984* las condiciones de vida son muy malas, pero en las noticias que constantemente se transmiten por las pantallas televisivas se exageran burdamente las cifras de producción para crear la impresión de una economía pujante y eficiente, cuando la realidad es todo lo contrario.¹⁹ La «verdad» es un concepto muy elástico y maleable, y cuando cambia la verdad oficial —lo cual sucede todo el tiempo— los ciudadanos están mentalmente entrenados para cambiar de inmediato sus convicciones y creencias, sin cuestionar nunca los pronunciamientos oficiales, ya que en este mundo la noción de una verdad objetiva es un concepto incomprensible. El control sobre la realidad es total —de hecho, la «realidad» no es lo que *realmente* sucede, sino lo que el Ministerio de la Verdad *dice* que sucede.

Aunque el mundo de *1984* es ficticio, esta descripción de un gobierno basado en la mentira institucionalizada se basa en tendencias reales que Orwell había observado y explicado por escrito desde mucho antes. Por ejemplo, ya en 1939 Orwell había escrito lo siguiente: «Es muy posi-

¹⁹Las televisiones en Oceanía transmiten en ambas direcciones, y por tanto tienen un doble propósito: no solo sirven para transmitir la propaganda del Partido, sino también para vigilar a los ciudadanos, y no se pueden apagar nunca. (Un detalle curioso es que, aunque en Oceanía el sistema económico es decrepito y mediocre y todo funciona mal, las televisiones no obstante se basan en una tecnología muy eficiente y nunca fallan.)

ble que nos estemos acercando a una época en la que dos más dos será igual a cinco si el Líder así lo afirma».²⁰ En otro corto ensayo de 1941 titulado «Literature and Totalitarianism», Orwell expresó de este modo su preocupación por la pérdida de libertad de pensamiento bajo los regímenes totalitarios *reales*:

El totalitarismo ha abolido la libertad de pensamiento hasta unos límites inauditos en cualquier época anterior. Y es importante que comprendamos que este control del pensamiento no solo es negativo, sino también positivo. No solo nos prohíbe expresar —e incluso tener— ciertos pensamientos, sino que también nos dicta lo que *debemos* pensar, nos crea una ideología, y trata de gobernar nuestra vida emocional al mismo tiempo que establece un código de conducta. En la medida de lo posible nos aísla del mundo exterior, nos encierra en un mundo artificial en el que carecemos de criterios de comparación. El Estado totalitario trata, en todo caso, de controlar los pensamientos y las emociones de sus súbditos tan completamente como controla sus acciones.²¹

Orwell había percibido que el totalitarismo era un fenómeno político esencialmente nuevo, con características que lo diferenciaban de otras formas de tiranía y despotismo. En el pasado también se limitaba la libertad de expresión, y los despotismos tradicionales también muchas veces imponían por la fuerza sus propias «verdades» dogmáticas, pero con la gran diferencia de que en el pasado estas ortodoxias oficiales eran inmutables (o por lo

²⁰Esto lo escribió Orwell en una reseña del libro *Power: A New Social Analysis*, por Bertrand Russell (*CEJL*, vol. I, p. 376). La famosa escena en la que Winston Smith es obligado a aceptar que $2 + 2 = 5$ es por supuesto uno de los momentos culminantes de *1984*.

²¹*CEJL*, vol. II, p. 135.

menos cambiaban muy gradualmente). Bajo el totalitarismo, en cambio, la verdad oficial cambia arbitrariamente y según los caprichos de quien detenta el poder. Esto introduce un elemento adicional de incertidumbre que no existía en el despotismo tradicional. Por ejemplo, comparando el totalitarismo moderno con el dogmatismo impuesto por la Iglesia medieval, Orwell observa:

En la Europa medieval la Iglesia dictaba lo que debíamos creer, pero por lo menos nos permitía conservar las mismas creencias desde el nacimiento hasta la muerte. No nos decía que creyésemos una cosa el lunes y otra distinta el martes Pues bien, con el totalitarismo ocurre exactamente lo contrario. La peculiaridad del Estado totalitario es que, si bien controla el pensamiento, no lo fija. Establece dogmas incuestionables y los altera de un día para otro. Necesita los dogmas, puesto que requiere absoluta obediencia por parte de sus súbditos, pero no puede evitar los cambios, que vienen dictados por las necesidades de la política del poder. Se auto-proclama infalible, y al mismo tiempo ataca el concepto mismo de verdad objetiva. Para tomar un ejemplo burdo y obvio, hasta septiembre de 1939 todo alemán tenía que contemplar el bolchevismo ruso con horror y aversión, y desde septiembre de 1939 lo tiene que contemplar con admiración y afecto. Si Rusia y Alemania entran en guerra, como bien podría ocurrir en los próximos años, tendrá lugar otro cambio igualmente violento. La vida emocional de los alemanes, sus afinidades y sus odios, tienen que revertirse de la noche a la mañana cada vez que sea necesario.²²

El paralelo con lo que sucede en el imaginario estado de Oceanía es exacto, y en cierto modo lo que Orwell relata en la novela es una simple parodia de eventos que realmente ocurrían en la época en que

²²*Ibid.*, p. 136.

él escribía. (Un detalle fascinante, por cierto, es que el artículo del cual hemos tomado estas dos citas se publicó el 19 de junio de 1941, es decir, tres días antes de la invasión alemana a la Unión Soviética, que puso fin al pacto de no-agresión acordado entre Hitler y Stalin en 1939.)

La permanente transformación del pasado hace que la mentira se vuelva absolutamente necesaria. Esta idea de que un gobierno totalitario se basa en la mentira sistemática fue una de las lecciones que Orwell aprendió de su experiencia en España. Reflexionando sobre esta experiencia en un ensayo titulado «Looking Back on the Spanish Civil War» (1942), comentó:

En mi juventud me di cuenta de que los periódicos nunca informan correctamente sobre evento alguno, pero en España, por primera vez, vi reportajes periodísticos que no guardaban la menor relación con los hechos, ni siquiera la relación implícita en una mentira común y corriente. Vi reportajes sobre grandes batallas donde no hubo enfrentamiento alguno, y silencio total sobre acciones en las que cientos de hombres habían muerto. Vi tachados como cobardes y traidores a soldados que habían combatido valerosamente, y otros que jamás dispararon un solo tiro saludados como héroes de victorias imaginarias; y vi cómo los periódicos de Londres difundían estas mentiras y cómo ávidos intelectuales construían superestructuras emocionales sustentadas en eventos que nunca ocurrieron. Vi, de hecho, cómo la historia se escribía, no en términos de lo que había ocurrido, sino en términos de lo que debería haber ocurrido de acuerdo con las «directrices del partido».²³

²³*CEJL*, vol. II, pp. 256-57. Compárese el párrafo citado con el siguiente pasaje en 1984: «Lo más curioso era —pensó Winston mientras reajustaba las cifras del Ministerio de la Abundancia— que ni siquiera se trataba

La consecuencia lógica de esta tendencia es justamente el mundo descrito en *1984*: «un mundo de pesadilla en el que el Líder, o alguna clase gobernante, controla no solo el futuro, sino también *el pasado*».²⁴ Sobre este mismo tema, en otro ensayo pre-*1984* titulado «The Prevention of Literature» (1946), Orwell observó:

El totalitarismo exige, de hecho, la alteración continua del pasado, y en el largo plazo probablemente requiere descreer en

de una falsificación. Era, sencillamente, la sustitución de un tipo de tonterías por otro. La mayor parte del material que allí manejaban no tenía relación alguna con el mundo real, ni siquiera la conexión contenida en una mentira directa. Las estadísticas eran tan fantásticas en su versión original como en la rectificadas. En la mayor parte de los casos, tenía que sacárselas el funcionario de su cabeza. Por ejemplo, las predicciones del Ministerio de la Abundancia calculaban la producción de botas para el trimestre venidero en ciento cuarenta y cinco millones de pares. Pues bien, la cantidad efectiva fue de sesenta y dos millones de pares (...) Sin embargo, Winston, al modificar ahora la “predicción”, rebajó la cantidad a cincuenta y siete millones, para que resultara posible la habitual declaración de que se había superado la cuota. En todo caso, sesenta y dos millones no se acercaba a la verdad más que los cincuenta y siete millones o los ciento cuarenta y cinco. Lo más probable es que no se hubieran producido botas en absoluto. Nadie sabía en definitiva cuánto se había producido ni le importaba. Lo único de que se estaba seguro era de que cada trimestre se producían *sobre el papel* cantidades astronómicas de botas mientras que media población de Oceanía iba descalza. Y lo mismo ocurría con todos los demás datos, importantes o minúsculos, que se registraban. Todo se disolvía en un mundo de sombras en el cual incluso la fecha del año resultaba incierta» (*1984* [México: Editorial Planeta Mexicana, 1999], pp. 48-49).

²⁴CEJL, vol. II, p. 259.

la existencia misma de una verdad objetiva (...) Una sociedad totalitaria que lograra perpetuarse probablemente establecería un sistema de pensamiento esquizofrénico, en el que las leyes del sentido común se mantendrían válidas para la vida cotidiana y en ciertas ciencias exactas, pero serían ignoradas por los políticos y por los historiadores y sociólogos. Ya hoy en día hay muchísimas personas que considerarían escandaloso falsificar un texto científico, pero que no ven mal alguno en falsificar un hecho histórico. Es en la intersección de la literatura y la política donde el totalitarismo ejerce su mayor presión sobre el intelectual. Las ciencias exactas no están, de momento, amenazadas al mismo grado. Esto explica en parte por qué en todos los países es más fácil para los científicos que para los escritores alinearse con sus respectivos gobiernos.²⁵

²⁵CEJL, vol. IV, pp. 63-64. Orwell se equivocó en sus apreciaciones sobre la relativa autonomía de las ciencias naturales bajo un régimen totalitario, y su error consistió en *subestimar* el grado de auto-engañó que inducen los regímenes de este tipo. El hecho es que en la Rusia de Stalin *todas* las disciplinas académicas —incluyendo las ciencias naturales— se vieron afectadas por la constante necesidad de mantener en todo momento una fachada de corrección ideológica. El caso más notorio y aberrante fue el desastroso control de las ciencias biológicas (y especialmente la genética) por parte de un científicamente inepto pero políticamente hábil charlatán llamado Trofim Lysenko. (Sobre el «caso Lysenko» véase Christopher Yoder, «Science vs. Ideology: The Case of Lysenko», *Intercollegiate Review*, 8 [1972]: 45-51, Jeremy Bernstein, «Lysenko: Enemies of the People», en *Experiencing Science* [Nueva York: Basic Books, 1978], pp. 133-42 y Alfonso Martínez Ruiz, «Paladines de la libertad y mártires de la ciencia: El trágico destino de los genetistas rusos», en Sergio Sarmiento (ed.), *Octavo Concurso “Camino de la Libertad”*: *Memorias* [México: Fomento Cultural Grupo Salinas, 2014], pp. 54-89.)

Aquí se aprecia un incipiente desarrollo del fenómeno que en 1984 se describe tan magistralmente bajo el concepto del «doble-pensar».

Hacia el final de su vida, la relación entre lenguaje y política llegó a ser el tema central de sus preocupaciones. Orwell pensaba que las tendencias políticas de su tiempo estaban teniendo una influencia negativa sobre el lenguaje, especialmente sobre el lenguaje escrito, lo cual a su vez tendría el efecto de empobrecer la calidad de la discusión pública, reforzando la tendencia hacia el totalitarismo político. Estas ideas las articuló en un ensayo titulado «Politics and the English Language» (1946), donde argumentó que el lenguaje político tiene un efecto corruptor sobre el lenguaje cotidiano, ya que el discurso político incorpora la hipocresía y el cinismo casi por definición: el lenguaje político, dice Orwell, tiene como propósito «hacer que las mentiras parezcan verdades y el asesinato respetable, y darle aspecto de solidez a lo que solo es viento».²⁶ Puesto que la intención no es expresar la verdad sino ocultarla, el lenguaje utilizado es necesariamente vago y carente de contenido específico. La falta de sinceridad y de franqueza se auto-perpetúa y la claridad del lenguaje va declinando a medida que quienes escriben políticamente se acostumbran a ocultar sus intenciones detrás de eufemismos y frases rebuscadas:

En nuestro tiempo el lenguaje político, tanto oral como escrito, es en gran medida la defensa de lo indefendible. Hechos como la prolongación del dominio británico en la India —o las purgas y deportaciones en Rusia, o el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Japón— pueden defenderse, sin duda, pero solo mediante

²⁶«Politics and the English Language», *CEJL*, vol. IV, p. 139.

argumentos que son demasiado brutales para la mayoría de los seres humanos, y que tampoco casan con los objetivos declarados de los partidos políticos. Por eso, el lenguaje político ha de consistir, sobre todo, en eufemismos, en interrogantes y en nebulosas vaguedades. Se bombardean aldeas indefensas desde el aire, sus habitantes son expulsados al campo, se ametralla al ganado y a las chozas se les pega fuego con balas incendiarias: a esto se le llama «pacificación». Se despoja a millones de campesinos de sus parcelas y se les envía a pie por la carretera provistos tan solo de lo que pueden llevar encima: a esto se le llama «transferencia de poblaciones» o «rectificación de fronteras». Se encarcela a las personas por años, sin previo juicio, o se les pega un tiro en la nuca, o se las manda a morir de escorbuto en los campos de trabajos forzados del Ártico: a esto se le llama «eliminación de elementos no confiables». Semejante fraseología es necesaria cuando queremos llamar a las cosas de un modo que no evoque imágenes mentales.²⁷

Esta verborrea, con abundancia de pleonasmos, neologismos, abreviaciones y acrónimos, es por supuesto una característica del lenguaje burocrático, pero también del lenguaje político partidario, ya que la política partidaria requiere el apego a ciertas ortodoxias, y «la ortodoxia, sea del color que sea, parece exigir un estilo inerte, puramente imitativo».²⁸ El problema es que este lenguaje es contagioso, y según Orwell ya había «infectado» incluso a quienes no tienen intenciones de mentir o de ocultar la verdad. La decadencia del lenguaje político ya había afectado el lenguaje cotidiano, y hoy en día es más fácil, argumenta Orwell, pensar en mal inglés (y en mal castellano también, podemos agregar) porque el lenguaje ha decaído, y la decadencia del

²⁷*Ibid.*, p. 136.

²⁸*Ibid.*, p. 135.

lenguaje hace que sea más fácil tener pensamientos «tontos», lo que retroalimenta el proceso: «Un hombre puede darse a la bebida porque se considera un fracasado, y entonces fracasar aún más porque se dio a la bebida. Algo semejante ocurre con la lengua inglesa. Se vuelve fea e inexacta porque nuestros pensamientos rayan en la estupidez, pero el desaliño de nuestro lenguaje nos facilita tener pensamientos estúpidos».²⁹ Para Orwell, la manipulación lingüística causa confusión mental y empobrece el debate político.

En 1984 estas preocupaciones toman un giro de pesadilla. A fin de afianzar su control sobre la población, los dirigentes del Partido deciden crear la «neolengua» (*Newspeak*), un idioma deliberadamente diseñado para impedir cualquier forma de pensamiento independiente. El apéndice sobre «Los principios de neolengua» explica la teoría que fundamenta las prácticas descritas por Orwell en la parte narrativa de la novela. La intención de los diseñadores de la nueva lengua no solo es proporcionar un medio para expresar la correcta forma de pensar sino también (y más que todo) «imposibilitar otras formas de pensamiento»:

Lo que se pretendía era que una vez la neolengua fuera adoptada de una vez por todas y la vieja lengua olvidada, cualquier pensamiento herético, es decir, un pensamiento divergente de los principios del [partido], fuera literalmente impensable, o por lo menos en la medida en que el pensamiento depende de las palabras.³⁰

Para lograr esto, había que introducir nuevas palabras, y desligar de las palabras viejas cualquier significado que no

fuera el deseado por el Partido. Orwell ofrece como ejemplo la palabra «libre», que aún se usaba en neolengua, pero solo en afirmaciones como «este perro está libre de piojos», o «este prado está libre de malezas»:

No se podía usar en su viejo sentido de «políticamente libre» o «intelectualmente libre», ya que la libertad política e intelectual ya no existían como conceptos y por lo tanto necesariamente no tenían nombres.³¹

La *eliminación* de palabras era también parte importante de este proyecto: «Aparte de la supresión de palabras definitivamente heréticas, la reducción del vocabulario se consideraba como un objetivo deseable por sí mismo, y no sobrevivía ninguna palabra de la que se pudiera prescindir. La finalidad de la neolengua no era aumentar, sino disminuir el ámbito del pensamiento, objetivo que podía conseguirse reduciendo el número de palabras al mínimo indispensable».³²

En 1984 el uso de la neolengua en el habla cotidiano era aún parcial, y se esperaba que la desaparición total de la vieja lengua tardaría varias décadas. Esto se proyectaba para el año 2050, y se pensaba que para entonces la expresión de opiniones heterodoxas sería prácticamente imposible. Tales expresiones serían gramaticalmente correctas, pero carecerían de sentido, y no podrían ser explicadas por medio de un argumento racional, ya que los promotores de tales opiniones no dispondrían de las palabras necesarias. Una vez desaparecida la vieja lengua, quedaría disuelto el último tenue vínculo con el pasado:

²⁹*Ibid.*, pp. 127-28.

³⁰1984, p. 293.

³¹*Ibid.*, p. 294.

³²*Ibid.*

La historia ya se había reescrito, pero algunos fragmentos de la vieja literatura sobrevivían aquí y allá, imperfectamente censurados, y mientras persistiera el conocimiento de la vieja lengua era posible leerlos. En el futuro tales fragmentos, incluso si sobrevivieran, serían ininteligibles e intraducibles (...) La literatura anterior a la Revolución solo podía estar sujeta a una traducción ideológica, o sea, a una alteración tanto de las palabras como del sentido.³³

El futuro como pesadilla

Cuando miras largo tiempo un abismo, también este mira dentro de ti.

— Friedrich Nietzsche,
Más allá del bien y del mal, §146 (1886)

Winston Smith empieza gradualmente a desarrollar dudas acerca del sistema en que vive y, también, a tener pensamientos

³³*Ibid.*, p. 304. En la parte narrativa de la novela, la explicación más elocuente y entusiasta de los logros del proyecto y sus metas últimas viene de boca de un funcionario del Ministerio de la Verdad llamado Syme: «Hacia el año 2050, quizá antes, habrá desaparecido todo conocimiento efectivo del viejo idioma. Toda la literatura del pasado habrá sido destruida. Chaucer, Shakespeare, Milton, Byron (...) solo existirán en versiones neolingüísticas, no solo transformados en algo diferente, sino convertidos en lo contrario de lo que eran (...) Todo el clima del pensamiento será distinto. En realidad, no habrá pensamiento en el sentido en que ahora lo entendemos. La ortodoxia significa no pensar, no necesitar el pensamiento. La ortodoxia es la inconsciencia» (p. 60). «Uno de estos días», piensa Winston, «Syme será vaporizado. Es demasiado inteligente. Ve las cosas con demasiada claridad y habla con demasiada franqueza. Al Partido no le gustan estas gentes. Uno de estos días desaparecerá».

propios, que al principio comparte únicamente con su diario personal. (Poseer un diario personal es de por sí un acto criminal en 1984.) Más tarde es contactado por un miembro del Partido llamado O'Brien, quien lo introduce a «La Hermandad», un ultra-secreto grupo subversivo compuesto por seguidores de un escritor proscrito llamado Emmanuel Goldstein, autor de un libro titulado *Teoría y práctica del colectivismo oligárquico*, el cual leen y discuten clandestinamente.

Winston y su amante, Julia, sin embargo, son capturados por la policía secreta, y son obligados bajo tortura a confesar crímenes (tanto reales como ficticios) y a delatarse mutuamente. O'Brien resulta ser un agente de la policía secreta cuya misión es descubrir y neutralizar a potenciales enemigos del Partido, y admite haberlos engañado deliberadamente. Luego en largas conversaciones explica las motivaciones reales del Partido:

«El Partido quiere tener el poder por amor al poder mismo. No nos interesa el bienestar de los demás; solo nos interesa el poder. No la riqueza ni el lujo, ni la longevidad ni la felicidad; solo el poder, el poder puro (...) Sabemos que nadie se apodera del mando con la intención de dejarlo. El poder no es un medio, sino un fin en sí mismo. No se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace la revolución para establecer una dictadura. El objeto de la persecución no es más que la persecución misma. El objeto de la tortura es la tortura. El objeto del poder es el poder. ¿Empiezas a entenderme?»³⁴

A lo largo de la novela O'Brien es presentado como un individuo sumamente inteligente, pero aquí se revela también como un cínico y un sádico:

«Somos los sacerdotes del poder», dijo

³⁴*Ibid.*, p. 257.

(...) «Ya es hora de que tengas una idea de lo que el poder significa (...) El verdadero poder, el poder por el que tenemos que luchar día y noche, no es poder sobre las cosas, sino sobre los hombres (...) El poder radica en infligir dolor y humillación. El poder está en la facultad de hacer pedazos los espíritus y volverlos a construir dándoles nuevas formas elegidas por ti. ¿Empiezas a ver qué clase de mundo estamos creando? Es lo contrario, exactamente lo contrario de esas estúpidas utopías hedonistas que imaginaron los antiguos reformadores. Un mundo de miedo, de traición y de tormento, un mundo de pisotear y ser pisoteado, un mundo que se hará cada día más despiadado. El progreso de nuestro mundo será la consecución de más dolor. Las antiguas civilizaciones sostenían basarse en el amor o en la justicia. La nuestra se funda en el odio. En nuestro mundo no habrá más emociones que el miedo, la rabia, el triunfo y el auto-rebajamiento. Todo lo demás lo destruiremos, todo. Ya estamos suprimiendo los hábitos mentales que han sobrevivido de antes de la Revolución (...) No habrá lealtad; no existirá más fidelidad que la que se debe al Partido, ni más amor que el amor al Gran Hermano. No habrá risa, excepto la risa triunfal cuando se derrota a un enemigo. No habrá arte, ni literatura, ni ciencia. No habrá ya distinción entre la belleza y la fealdad. Todos los placeres serán destruidos. Pero siempre, no lo olvides, Winston, siempre habrá el afán de poder, la sed de dominio, que aumentará constantemente y se hará cada vez más sutil. Siempre existirá la emoción de la victoria, la sensación de pisotear a un enemigo indefenso».³⁵

En la etapa final de su «reeducación política», Winston, quien padece de mufosofobia, es confrontado con una jauría de ratas hambrientas, y entra en pánico gritando: «¡Háganselo a Julia!»

Su derrota es total y absoluta.

³⁵*Ibid.*, pp. 258-61.

La versión de O'Brien

«Si quieres hacerte una idea de cómo será el futuro, figúrate una bota aplastando un rostro humano... para siempre» (1984).

Es una imagen horrenda, de pesadilla, y como literatura es sumamente efectiva ya que logra su propósito a la perfección y es poco probable que un lector sensible la olvide jamás. Felizmente, sin embargo, la pesadilla de Orwell de un mundo entero sometido al totalitarismo nunca se llegó a materializar, y hay por lo menos dos buenas razones para suponer que nunca podría llegar a materializarse.

Un primer problema con la visión de Orwell es que no es creíble en términos psicológicos. De hecho, la explicación que da O'Brien sobre las «verdaderas» motivaciones de los gobernantes de Oceanía solo tiene sentido si suponemos que 1) son las opiniones personales de O'Brien, y 2) O'Brien es un desquiciado.³⁶

Esta es una debilidad de la obra que ya había sido señalada desde hace mucho tiempo por varios autores. Isaac Deutscher, por ejemplo, pensaba que había un elemento falso —o por lo menos inverosímil— en esta descripción de la motivación subyacente del totalitarismo.³⁷ George Kateb simpatizaba con Orwell, pero reconocía que Deutscher tenía razón al

³⁶Otra posibilidad sería suponer que el desquiciado es el propio Orwell, aunque me resisto a creer que 1984 sea, como afirma Rayner Heppenstall, «la obra de un demente» («A Blurred Portrait: Crick's Orwell», *Encounter*, 56 (2-3) [1981], p. 79).

³⁷Isaac Deutscher, «1984 — The Mysticism of Cruelty», en *Heretics and Renegades and Other Essays* (Indianapolis, IN: Bobbs-Merrill Co., 1969), pp. 35-50.

cuestionar la explicación de Orwell sobre las verdaderas motivaciones del Gran Hermano y sus secuaces:

Atribuir a los políticos un amor por el poder es un lugar común; insistir que este amor [por el poder] (...) a menudo toma formas malévolas casi no encontraría oposición. Pero Orwell va más allá; más allá del realismo pragmático, más allá del cinismo, más allá del temor que normalmente inspiran los hombres con poder (...) [Para Orwell] el poder es el sadismo; y el sadismo es suficiente, por sí mismo, para sustentar a las élites del mundo en su incansable actividad.³⁸

Según Kateb, este elemento de sadismo gratuito (lo que Deutscher llamaba «el misticismo de la crueldad») le resta credibilidad a la visión orwelliana:

La mente se rebela (...) el sentido común nos impide aceptar el sadismo como constante y suficiente fuente de acción por parte de millones de hombres, hora tras hora, año tras año. No hay ninguna experiencia histórica que lo respalde. El peor de los nazis se inspiraba en algo más que la simple crueldad. En la medida en que podamos tratar, en abstracto, la cuestión de la motivación política, tenemos que concluir que el núcleo central de *1984* es poco firme.³⁹

Lord Acton señaló famosamente que «el poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente», y sin duda tenía razón. Pero incluso en el peor régimen imaginable es psicológicamente dudoso suponer que el sadismo *per se* pueda servir como sustento ideológico para miles y miles de funcionarios y durante muchas generaciones. «Es demasia-

do pedir», señala Kateb, «que creamos que incluso en un futuro lejano, bajo condiciones aún más propicias para la malevolencia, una clase dominante pueda nutrirse solo de odio, que pueda vivir sin alguna otra fuente de energía o mentira o auto-engaño, sin algún rastro de (pervertida) humanidad».⁴⁰

En cierto momento de la novela Winston Smith llega a pensar que entiende los *mecanismos* del poder. Entiende *cómo* el Partido logra afianzar su control sobre la población, pero lo que no entiende es el *porqué*.⁴¹ Y nunca lo llega a entender porque justamente cuando está por empezar a leer el capítulo del libro de Goldstein que trata sobre este tema, es capturado por la policía secreta. A los lectores de *1984* lo único que se nos proporciona es la versión de O'Brien, que como hemos visto, es problemática: según O'Brien los hombres quieren tener control sobre otros hombres para hacerlos sufrir. Pero nunca se nos explica *por qué* quieren hacerlos sufrir. Al final del día, Orwell no logra explicar convincentemente por qué los políticos *quieren* tener poder sobre otras personas. Al tratar de penetrar en la esencia del totalitarismo, Orwell visualizó un Estado totalitario «químicamente puro», desprovisto de cualquier residuo ideológico, pero al hacerlo en realidad empobreció su descripción, ya que, como han comentado muchos otros analistas del fenómeno, un gobierno totalitario en realidad es inseparable de la ideología que lo sustenta. Esta fue la conclusión, por ejemplo, de Hannah Arendt, quien dedicó una buena parte de su vida a estudiar los orígenes del totalitarismo:

La agresividad del totalitarismo no pro-

³⁸George Kateb, «The Road to 1984», *Political Science Quarterly*, 81 (1966), pp. 565-66.

³⁹*Ibid.*, p. 566.

⁴⁰*Ibid.*, p. 579.

⁴¹*1984*, p. 86.

cede del anhelo por el poder, y si trata febrilmente de extenderse, no es por el deseo de expansión *per se* ni por el afán de lucro, sino solo por razones ideológicas: crear un mundo coherente, demostrar la validez de su respectivo supersentido.⁴²

Al menos así lo ha sido hasta ahora. Como señala Irving Howe, «ninguna clase gobernante moderna ha podido prescindir de una ideología. Todas han sentido la imperiosa necesidad de racionalizar su poder, de proclamar algún admirable objetivo para justificar actos detestables. Tampoco es mera timidez o hipocresía; los gobernantes de una sociedad moderna no podrían sobrevivir sin algún grado de creencia sincera en sus propias proclamaciones. Se aferran a las ideologías no solo para ganar adeptos, sino para reforzar su propia autoestima psicológica y moral».⁴³

⁴²Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1951), p. 432. Véase también Wayne Allen, «A Novel Form of Government: Hannah Arendt on Totalitarianism», *Political Science Reviewer*, 16 (1986): 237-80.

⁴³Howe, «Orwell: History as Nightmare», p. 249. Esto sigue siendo cierto, incluso cuando la ideología se ha convertido en una mera fachada en la que nadie realmente cree. Continúa observando Howe: «En privado muchos burócratas rusos podrían considerar su vocabulario marxista como una farsa útil; pero deben seguir aferrándose a la vaga suposición de que su conducta política se basa en alguna forma de legitimidad. Si no fuera así, para la clase gobernante totalitarista sería cada vez más difícil, quizá imposible, mantener su moral. Se ablandarían, se corromperían de diversas maneras, perderían el fanatismo que es esencial para su supervivencia». Esto lo escribió Howe en los años cincuenta, pero *mutatis mutandis* hay un obvio paralelo con lo que sucede hoy en día con el moderno «comunismo» chino. China ya no es un país totalitario, como en los tiempos de Mao, pero sigue dominada por un partido único que

El segundo problema con el «modelo» de Orwell tiene que ver con sus fundamentos económicos. Orwell no era economista y sus conocimientos de economía eran muy pobres.⁴⁴ Orwell pensaba que un sistema económico centralmente planificado era más eficiente que un sistema capitalista, y esto es lo que lo hacía suponer que el mundo se estaba moviendo en esa dirección: «No es seguro que el socialismo sea en todo sentido superior al capitalismo, pero sí es seguro que, a diferencia del capitalismo, puede resolver los problemas derivados de la producción y el consumo (...) El Estado simplemente calcula cuáles bienes serán necesarios y hace lo posible por producirlos».⁴⁵ Así de simple.

En esto, sin embargo, Orwell estaba completamente equivocado. El hecho es que la asignación de recursos bajo una economía centralmente planificada es necesariamente menos eficiente que bajo una economía capitalista basada en un sistema de precios, y esto es lo que explica el colapso de las economías comunistas que se produjo a fines de los años ochenta. Orwell en *1984* describe las condiciones económicas en Oceanía como bastante malas (y presumiblemente lo mismo sucedía en los otros dos estados rivales), y su descripción coincide bastante bien con las condiciones de vida que realmente existieron bajo los sistemas

sigue apelando a los símbolos de la antigua ideología maoísta-marxista para justificar su poder.

⁴⁴Para una discusión más extensa del pensamiento económico de Orwell véase Jennifer Roback, «The Economic Thought of George Orwell», *American Economic Review*, 75 (1985): 127-32.

⁴⁵«The Lion and the Unicorn» (1941), *CEJL*, vol. II, pp. 79-80.

económicos comunistas que prevalecieron durante la segunda mitad del siglo XX. Orwell se equivocaba, sin embargo, en su explicación del porqué de estas malas condiciones de vida. En la novela él postula que esto se debe al elevado consumo de recursos debido a la situación de guerra permanente en que se encontraban los tres estados. La implicación, por supuesto, es que si no fuera por este gran desperdicio de recursos en gastos bélicos habría abundancia para todos. El hecho, sin embargo, es que una economía centralmente planificada como la que describe Orwell en *1984* simplemente no podría generar abundancia económica y un nivel de vida decente ya que en sistemas de este tipo los recursos disponibles son desperdiciados por la misma ineficiencia del sistema económico. No podría haber un Estado totalitario a nivel mundial porque tarde o temprano un Estado de ese tipo colapsaría por su propia ineficiencia económica. Esto es lo que predice la teoría económica relevante, y esto es exactamente lo que sucedió en los países del bloque soviético.⁴⁶

⁴⁶Ludwig von Mises señaló el problema teórico del socialismo en 1920: 1) La asignación eficiente de recursos requiere «cálculo económico», esto es, tiene que haber una forma de comparar los costos y beneficios de cualquier actividad económica, y el cálculo económico requiere *precios*, tanto para los bienes de consumo como para los insumos y los factores de producción; 2) para que haya precios, debe haber un *mercado*, y para que haya mercado, debe haber *propiedad privada* sobre los bienes intercambiados; 3) bajo un sistema socialista no puede haber propiedad privada en los medios de producción (i.e., bienes de capital y recursos naturales), y por tanto no puede haber precios para estos bienes. Concluye Mises: «Por tanto, en un Estado socialista (...) no puede haber economía —en nuestro sentido del término (...) en el Estado socialista todo cambio económico constituye un proyecto cuyo éxito no puede

ser evaluado ni de antemano ni retrospectivamente. Todo es un tanteo a oscuras (...) Donde no existe mercado libre, no existe mecanismo de precios; sin mecanismo de precios, no existe cálculo económico» («Economic Calculation in the Socialist Commonwealth» [1920], en F. A. Hayek, ed., *Collectivist Economic Planning* [Londres: Routledge, 1935], pp. 105-11). Aunque el socialismo en principio implica la abolición de la economía de mercado, en la práctica el mercado nunca estuvo completamente ausente de las economías socialistas, y algunos consideran que la presencia de estas economías paralelas contribuyó a evitar la paralización total de la economía soviética y las de otros países socialistas. (Sobre las características de la «segunda economía» soviética y sus relaciones con la economía «oficial» véase Gregory Grossman, «The “Second Economy” of the USSR», en Morris Bornstein, ed., *The Soviet Economy: Continuity and Change* [Boulder, CO: Westview Press, 1982], pp. 71-96. En el mundo de *1984* también existe un mercado negro para bienes de consumo, aunque no resulta claro si hay nexos significativos entre esta economía paralela y la economía oficial, centralmente planificada.) Lo que las economías comunistas reales producían en cantidades industriales eran estadísticas muy detalladas sobre impresionantes logros productivos, pero estas cifras eran tan confiables y veraces como las del Ministerio de la Verdad en *1984*, y estaban sujetas a revisión constante para garantizar el pleno cumplimiento de las metas programadas. A pesar de esto, en la mayoría de los textos de economía occidentales se aceptaban estas cifras sin mayor escrutinio, y por esto persistió el mito del poderío económico soviético hasta muy entrados los años ochenta (véase David M. Levy y Sandra J. Peart, «Soviet Growth and American Textbooks: An Endogenous Past», *Journal of Economic Behavior and Organization*, 78 [2011]: 110-25). Sobre las características y problemas de la economía soviética hacia finales de los años ochenta véase Richard E. Ericson, *The Soviet Union, 1979-1990* (San Francisco: International Center for Economic Growth, 1990).

Orwell: Ayer y hoy

Los que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo.

— George Santayana (1905)⁴⁷

Aunque la atribución del totalitarismo al sadismo *per se* es inverosímil, una cosa sí es cierta: la paranoia anti-totalitaria que exhibe Orwell en su novela no era nada irrazonable en la época que le tocó vivir. En ese tiempo la amenaza totalitaria era algo muy real, y se proponía seriamente el totalitarismo como una «solución» para los males que aquejaban a las democracias liberales. Solo hay que recordar la famosa frase de Benito Mussolini: «Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado».⁴⁸

Nosotros sabemos ahora que estos regímenes no perduraron, pero Orwell solo conoció la primera mitad del siglo XX. O sea, lo que conoció en su corta vida fueron dos guerras mundiales con una gran depresión mundial intercalada. No es nada extraño que su cosmovisión haya sido de un pesimismo extremo, ni que haya tenido serias dudas sobre la viabilidad de una economía capitalista. Nosotros podemos darnos el lujo de ser optimistas porque la segunda mitad del siglo XX fue mucho mejor que la primera mitad, y tenemos que estar agradecidos por ello.

Aunque los totalitarismos reales del siglo XX nunca llegaron a ser tan «totales» como los de 1984, sí fueron muy

⁴⁷George Santayana, *La vida de la razón* (Buenos Aires: Editorial Nova, 1958), p. 96.

⁴⁸Citado por A. James Gregor, *The Ideology of Fascism: The Rationale of Totalitarianism* (Nueva York: Free Press, 1969), p. 189.

cruelles mientras duraron, y exhibieron muchas de las características que Orwell pintó en su novela. De hecho, en los países comunistas era muy común que los súbditos de esas tiranías expresaran asombro ante la notable intuición psicológica de Orwell sobre la vida cotidiana en esos países. Uno de los primeros comentaristas a este respecto fue el famoso escritor polaco Czesław Miłosz:

(...) puesto que [1984] es un libro difícil de conseguir (y peligroso de poseer), solo lo conocen ciertos miembros de la cúpula del Partido. Orwell les fascina por sus intuiciones sobre detalles que ellos conocen muy bien (...) Incluso los que solo conocen a Orwell de segunda mano se sorprenden de que un escritor que nunca estuvo en Rusia pueda tener una comprensión tan plena de su realidad cotidiana. El hecho de que haya escritores en Occidente que entienden el funcionamiento de la extraña maquinaria de la cual ellos forman parte los deja perplejos, y contradice la supuesta «estupidez» de Occidente.⁴⁹

En la novela *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak, uno de los personajes (Dudorov) comparte unas reflexiones bastante orwellianas sobre el régimen estalinista:

«Pienso que la colectivización fue una medida errónea y un fracaso, y era imposible admitir el error. Para ocultar el fracaso la gente tuvo que ser curada, por medio del terror, del hábito de pensar y juzgar por sí mismos, y se les tenía que obligar a ver lo que no existía y afirmar lo contrario de lo que veían con sus ojos. Esto explica la inaudita crueldad del tiempo de Yezhov, la promulgación de una constitución que nunca pensaban implementar, y la introducción de plebiscitos que violaban la noción misma de libertad de elección».⁵⁰

⁴⁹Czesław Miłosz, *The Captive Mind* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1953), p. 42.

⁵⁰Boris Pasternak, *Doctor Zhivago* (Nueva

Las descripciones de las brutalidades del régimen de Mao en China también muchas veces parecen sacadas de las páginas de Orwell: «Sabemos, por supuesto, que no existe libertad de expresión. Pero pocos [fuera de China] saben que tampoco existe libertad de guardar silencio. A los residentes de un estado comunista se les obliga a expresar en forma positiva sus creencias y su lealtad».⁵¹ La negación de la realidad era parte integral del modelo maoísta:

Si los líderes del Partido deseaban obligar a todos a jurar que el negro era blanco, es porque ellos también querían creerlo. Mao no quería saber sobre hambrunas o desastres. Cada temporada agrícola tenía que producir cosechas abundantes, cada fábrica tenía que mostrar cifras de producción siempre crecientes, y cada experimento científico tenía que mostrar resultados extraordinarios, porque eso es lo que él quería oír (...) El radicalismo de los proyectos de Mao era tan extremo porque él no solo quería copiar el modelo soviético de Stalin, sino superarlo. La miseria que esto causaba era consecuencia directa de este mundo de fantasía. Las cuotas de producción se exageraban absurdamente, mientras que a la población se la exprimía hasta el punto de la inanición. Si los jefes locales no producían las cifras deseadas por el Gran Timonel, ellos mismos sufrirían. La meta principal de este gran teatro revolucionario era convertir la altamente diversa población de un país enorme y complejo en una masa regimentada de Nuevos Hombres y Nuevas Mujeres. Estos no solo deberían

obedecer al Partido y sus líderes, sino que deberían hacerlo con entusiasmo y con rostros sonrientes (...) Nunca era suficiente someterse a las auto-críticas, sea por escrito o en sesiones públicas; los cuadros del Partido tenían que estar convencidos de que la crítica era «sincera». Podría uno admitir los crímenes más horrendos, pero esto no lo libraría de adicionales tormentos si los inquisidores no estaban convencidos de que uno lo decía en serio.⁵²

Aunque los grandes totalitarismos del pasado ya son historia, el Gran Hermano tuvo muchos «hermanos menores», y hoy en día persisten gobiernos totalitarios con características orwellianas. El caso más notorio es el de Corea del Norte, uno de los pocos regímenes totalitarios que se han mantenido relativamente intactos después de la muerte de su Gran Líder. De hecho, la dinastía Kim al parecer ha logrado establecer allí una monarquía hereditaria muy estable, parapetada con la fachada de una ideología marxista muy ortodoxa, con un omnipresente culto a la personalidad del líder y un férreo y absoluto control de la información y los medios de comunicación. Este es un fenómeno sin precedentes.⁵³ Por otro lado, aunque el régimen norcoreano es un fas-

⁵²Buruma, *op. cit.*, pp. 40-41. «¿Eres culpable de algo? —[preguntó] Winston—. ¡Claro que soy culpable! —exclamó Parsons—. ¿No creerás que el Partido puede detener a un hombre inocente?» (1984, p. 228).

⁵³Los tiranos tradicionales (i.e., no-totalitarios) muchas veces tratan de pasar el poder de padres a hijos, pero estos intentos por lo general no son muy exitosos y rara vez duran más de dos generaciones. La dinastía Kim ya va por su tercera generación. Sobre la historia reciente de Corea del Norte véase Andrei Lankov, *The Real North Korea: Life and Politics in the Failed Stalinist Utopia* (Nueva York: Oxford University Press, 2013).

York: Pantheon, 1958), p. 507. (Nikolai Ivanovich Yezhov fue jefe de la NKVD, la policía secreta estalinista, en los años 1936-38.)

⁵¹Hu Shih, filósofo chino, citado por Ian Buruma, «China: Reeducation through Horror», *New York Review of Books*, 61 (1) (2014), p. 40.

tido permanente para sus vecinos, su sistema político definitivamente no es exportable, y es poco probable que presenciemos una expansión del mismo más allá de sus fronteras.

El caso de Zimbabwe es otro ejemplo de un gobierno orwelliano, aunque sus características no son las de 1984, sino las de *Rebelión en la granja*, la otra novela famosa de Orwell. La historia de ese infortunado país desde el triunfo de la revolución liderada por Robert Mugabe (quien recientemente cumplió 90 años de edad, y 35 años como jefe de Estado) es como si estuviera basada casi textualmente en el argumento de esta novela de Orwell.⁵⁴

Podríamos citar muchos otros ejemplos *ad nauseam*. (Incluso una discusión superficial de las dictaduras personales en África sobrepasaría los alcances de este ensayo.) Todos los ejemplos concretos que hemos citado son o han sido tiranías de izquierda, y los ideólogos de derecha tienden a suponer que solo los izquierdistas son culpables de este tipo de fechorías. De hecho, debido a su firme anti-comunismo, las obras Orwell fueron rápidamente reclutadas como armas en la guerra ideológica contra la Unión Soviética. Pero la verdad es que el mensaje de Orwell es meta-ideológico, y sus percepciones sobre la naturaleza del poder político se aplican a cualquier tipo de gobierno, independientemente de su orientación política.

Durante la Guerra Fría, por ejemplo, Estados Unidos se oponía a los totalitarismos de izquierda, proyectándose como la potencia líder del llamado «mundo libre», el cual presumiblemente incluía a

países sometidos a gobiernos tiránicos como el de Nicaragua bajo los Somoza (padre e hijo) y la República Dominicana bajo Rafael Trujillo. Solo una aplicación del «doble-pensar» orwelliano permitía calificar a estos infortunados pueblos como «países libres», pero sus gobernantes eran sin duda firmes aliados de Estados Unidos, y por esto mismo recibían el apoyo del gobierno estadounidense.⁵⁵ En el caso de Anastasio Somoza (padre), el doble-discurso de la política estadounidense se reflejaba en una famosa expresión atribuida a un presidente de los Estados Unidos: «Sabemos que es un hijo de perra, pero es *nuestro* hijo de perra».⁵⁶

⁵⁵La historia de las dictaduras latinoamericanas es otro tema inagotable, y si bien casi todas tuvieron un mayor o menor grado de apoyo político de Estados Unidos durante la época de la Guerra Fría, por otro lado no todas fueron establecidas directamente con ayuda de ese país. La razón de mencionar los casos específicos de Nicaragua y la República Dominicana es que *esas* dictaduras sí fueron creadas explícitamente con el beneplácito del gobierno estadounidense, y por muchos años fueron apoyadas incondicionalmente por Estados Unidos.

⁵⁶Franklin D. Roosevelt, citado por la revista *Time*, 52 (20) (1948), p. 23. El caso de Trujillo es interesante porque es uno de los pocos casos históricos de un gobierno no izquierdista con características totalitarias. Las típicas dictaduras latinoamericanas restringieron las libertades políticas, y en muchos casos cometieron atrocidades, pero generalmente los alcances de sus intromisiones en la vida societaria no sobrepasaban el ámbito de lo estrictamente político, y tampoco existía en estos regímenes un generalizado culto a la personalidad del jefe de Estado. En el caso de Trujillo, en cambio, el culto a la personalidad del «Benefactor de la Patria» rayaba en lo absurdo, llegando al extremo de rebautizar la capital, Santo Domingo, con el nombre de «Ciudad Trujillo». La megalomanía del Gran Líder alcanzaba grados patoló-

⁵⁴Véase Philip Barclay, *Zimbabwe: Years of Hope and Despair* (Londres: Bloomsbury, 2010).

Todos los gobiernos practican la *realpolitik*, y al hacer estas comparaciones no estamos insinuando que en la Guerra Fría los gobiernos de la Unión Soviética y de Estados Unidos eran de alguna manera moralmente equivalentes. Pero tampoco hay que suponer que las tácticas orwellianas dejan de ser criticables solo porque las emplea un gobierno con la ideología «correcta».⁵⁷

Aunque nadie podría afirmar seriamente que Estados Unidos tiene un gobierno totalitario —o incluso que podría llegar a tenerlo en un futuro cercano— existen señales muy claras de que el gobierno estadounidense se ha estado vol-

gicos, al igual que el servilismo de la élite que lo rodeaba, y el partido trujillista tenía influencia sobre todo aspecto de la vida cotidiana. Trujillo era un Gran Hermano «tropicalizado», y el grado de control que tenía en su país era en todo sentido comparable al de Fidel Castro en Cuba. La novela de Mario Vargas Llosa *La fiesta del chivo* (Madrid: Alfaguara, 2000) es una buena descripción de la vida bajo una dictadura de este tipo. Véase también Gonzalo Portocarrero, «El dios impotente: La (in)humanidad de Trujillo en *La fiesta del chivo*», en Alonso Cueto *et al.*, *Las guerras de este mundo: Sociedad, poder y ficción en la obra de Mario Vargas Llosa* (Lima: Planeta, 2008), pp. 183-90, y Clive Griffin, «The Dictator Novel: *The Feast of the Goat*», en Efraín Kristal y John King (eds.), *The Cambridge Companion to Mario Vargas Llosa* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012), pp. 116-28.

⁵⁷No todos los orwellismos modernos tienen características siniestras. Algunos solo son ridículos. Hace poco, por ejemplo, el gobierno venezolano creó un «Viceministerio para la Suprema Felicidad Social del Pueblo», lo cual parece salido directamente de la pluma de Orwell («Maduro crea “Viceministerio para la Suprema Felicidad Social”», *El Universal*, Caracas, octubre 24, 2013). Los burócratas no tienen sentido del humor.

viendo cada vez más «orwelliano» en años recientes. Esto se notó especialmente durante los años de la administración de George W. Bush, y en la serie de medidas adoptadas como respuesta a los ataques terroristas del 9/11. La manera como se usó la mentira oficial para justificar la invasión de Iraq parece salido del Ministerio de la Verdad, y el lenguaje oficial utilizado durante el manejo de la ocupación militar de ese país tenía muchas de las características de la neolengua orwelliana («Ocupación = Liberación»). El gobierno estadounidense llegó a legalizar la tortura como política oficial, bajo el eufemismo cuasi-orwelliano de «técnicas de interrogación robustas» (*enhanced interrogation techniques*). Estas acciones se justificaron apelando a consideraciones de seguridad nacional, pero muchos analistas y observadores piensan que todo esto ha tenido un efecto muy negativo sobre el sistema político estadounidense. El carácter orwelliano de la administración Bush se revela de cuerpo entero en el siguiente comentario del periodista Ron Suskind, quien relató una entrevista que sostuvo con un importante asesor de Bush:

El asesor me dijo que las gentes como yo «viven en lo que nosotros llamamos el mundo de la realidad», que somos personas que «todavía creen que las soluciones emergen del estudio cuidadoso de la realidad discernible» (...) «El mundo ya no funciona así», continuó diciendo. «Ahora somos un imperio, y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras ustedes estudian esa realidad (...) nosotros actuaremos de nuevo, creando otras, nuevas realidades, que ustedes podrán estudiar también, y así es como serán las cosas. Nosotros somos los actores de la historia (...) y ustedes, todos ustedes, se quedarán estudiando lo que nosotros hacemos».⁵⁸

⁵⁸Ron Suskind, «Without a Doubt: Faith, Cer-

(Barack Obama es, al parecer, mucho menos dogmático que su predecesor, pero en materia de seguridad nacional ha mantenido prácticamente intactos casi todos los programas implementados durante la presidencia de Bush.)

Por último, y por si todo esto no fuera suficientemente preocupante, Edward Snowden, el ex-contratista de la NSA (y ahora prófugo internacional) recientemente reveló al mundo la existencia de un inmenso programa de espionaje y vigilancia electrónica de proporciones tan vastas que superan cualquier cosa que Orwell hubiera podido imaginar. Estos programas fueron iniciados e implementados bajo la administración Bush y continúan bajo la presidencia de Barack Obama.⁵⁹

La expresión «el Gran Hermano te vigila» ya no es una mera metáfora litera-

tainty and the Presidency of George W. Bush», *The New York Times Magazine* (octubre 17, 2004), p. 50. Después se reveló que el asesor aludido era nada menos que Karl Rove, el gran artífice de las victorias electorales de George Bush, y maestro de la técnica de relaciones públicas conocida como *spin control*.

⁵⁹Para detalles del «caso Snowden» y sus repercusiones véase Alan Rusbridger, «The Snowden Leaks and the Public», *New York Review of Books*, 60 (18) (2013): 31-34, David Cole, «The Three Leakers and What to Do About Them», *New York Review of Books*, 61 (2) (2014): 7-9 y Daniel Soar, «Incendiary Devices», *London Review of Books*, 36 (4) (2014): 9-10. En Amazon.com las ventas de *1984* se dispararon en junio de 2013 como consecuencia de las primeras revelaciones de Snowden: «1984 Sales Skyrocket in Wake of US Spy Scandal» (AFP, junio 11, 2013), «Sales of Orwell's "1984" Increase as Details of NSA Scandal Emerge», *ABC News* (junio 11, 2013).

ria. Ahora es una realidad cotidiana, y el Gran Hermano resultó ser el Tío Sam.

Conclusión

La verdadera división no es entre conservadores y revolucionarios, sino entre autoritarios y libertarios.

— George Orwell (1948)⁶⁰

En el párrafo final de un famoso ensayo sobre Charles Dickens, Orwell escribió las siguientes líneas que probablemente incorporan también un fuerte elemento de proyección auto-analítica:

Cuando se lee cualquier escrito marcadamente individual, tiene uno la sensación de estar viendo un rostro detrás de la página. No es necesariamente la verdadera cara del autor. Me sucede esto con Swift, con Defoe, con Fielding, Stendhal, Thackeray y Flaubert, aunque en varios de estos casos ignoro qué aspecto tenían y tampoco quiero saberlo. Lo que uno ve es la cara que el escritor debería tener. Pues bien, en el caso de Dickens lo que veo es un rostro que no es el de las fotografías, aunque se parece. Es el rostro de un hombre cuarentón, con barbita y aspecto saludable. Está riendo, y con una risa un tanto enfurecida, pero sin rastro de triunfalismo ni malicia. Es el rostro de un hombre que siempre está luchando contra algo, pero que lo hace abiertamente y sin temor, el rostro de un hombre generosamente airado —en otras palabras, el rostro de un liberal del siglo XIX, una inteligencia libre, una persona odiada por todas las mezquinas y apestosas ortodoxias

⁶⁰Carta a Malcolm Muggeridge (diciembre 4, 1948), citada por Ian A. Hunter, *Malcolm Muggeridge: A Life* (Nashville, TN: Thomas Nelson Publishers, 1980), p. 107.

que compiten hoy en día por el dominio de nuestras almas.⁶¹

Orwell también odiaba todas las «mezquinas ortodoxias» de su tiempo, y también era, en el fondo, un liberal decimonónico.

La moraleja que hay que sacar de *1984* es que es una advertencia. Lo que Orwell nos dijo entonces, y nos sigue diciendo, es muy simple: no lo permitamos.

BIBLIOGRAFÍA

A. Obras citadas en el texto

- Allen, Wayne. «A Novel Form of Government: Hannah Arendt on Totalitarianism», *Political Science Reviewer*, 16 (1986): 237-80.
- Arendt, Hannah. *The Origins of Totalitarianism*. Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1951.
- Barclay, Philip. *Zimbabwe: Years of Hope and Despair*. Londres: Bloomsbury, 2010.
- Bernstein, Jeremy. «Lysenko: Enemies of the People», en *Experiencing Science*, pp. 133-42. Nueva York: Basic Books, 1978.
- Brown, Edward J. «Zamyatin's *We* and *Nineteen Eighty-Four*», en Peter Stansky (ed.), *On Nineteen Eighty-Four*, pp. 159-69. Nueva York: W. H. Freeman and Co., 1983.
- Buruma, Ian. «China: Reeducation through Horror», *New York Review of Books*, 61 (1) (2014): 39-41.
- Cole, David. «The Three Leakers and What to Do About Them», *New York Review of Books*, 61 (2) (2014): 7-9.
- Deutscher, Isaac. «1984 — The Mysticism of Cruelty», en *Heretics and Renegades and Other Essays*, pp. 35-50. Indianapolis, IN: Bobbs-Merrill Co., 1969.
- Drabble, Margaret (ed.) *The Oxford Companion to English Literature*, 6ª ed. Oxford: Oxford University Press, 2000.
- Ericson, Richard E. *The Soviet Union, 1979-1990*. Country Studies No. 7. San Francisco: International Center for Economic Growth, 1990.
- Gregor, A. James. *The Ideology of Fascism: The Rationale of Totalitarianism*. Nueva York: Free Press, 1969.
- Griffin, Clive. «The Dictator Novel: *The*

⁶¹«Charles Dickens» (1940), *CEJL*, vol. I, p. 460.

- Feast of the Goat*», en Efraín Kristal y John King (eds.), *The Cambridge Companion to Mario Vargas Llosa*, pp. 116-28. Cambridge: Cambridge University Press, 2012.
- Grossman, Gregory. «The “Second Economy” of the USSR», en Morris Bornstein (ed.), *The Soviet Economy: Continuity and Change*, pp. 71-96. Boulder, CO: Westview Press, 1982.
- Heppenstall, Rayner. «A Blurred Portrait: Crick’s Orwell», *Encounter*, 56 (2-3) (1981): 77-80.
- Hitchens, Christopher. «On *Animal Farm*», en *Arguably: Essays*, pp. 228-36. Nueva York: Twelve, 2011.
- Howe, Irving. «Orwell: History as Nightmare», en *Politics and the Novel*, pp. 235-51. Nueva York: Horizon Press, 1957.
- Hunter, Ian A. *Malcolm Muggeridge : A Life*. Nashville, TN: Thomas Nelson Publishers, 1980. Reimpresión: Regent College Publishing (Vancouver, 2003).
- Kateb, George. «The Road to 1984», *Political Science Quarterly*, 81 (1966): 564-80.
- Lankov, Andrei. *The Real North Korea: Life and Politics in the Failed Stalinist Utopia*. Nueva York: Oxford University Press, 2013.
- Levy, David M. y Sandra J. Peart. «Soviet Growth and American Textbooks: An Endogenous Past», *Journal of Economic Behavior and Organization*, 78 (2011): 110-25.
- Martínez Ruiz, Alfonso. «Paladines de la libertad y mártires de la ciencia: El trágico destino de los genetistas rusos», en Sergio Sarmiento (ed.), *Octavo Concurso “Caminos de la Libertad”: Memorias*, pp. 54-89. México: Fomento Cultural Grupo Salinas, 2014.
- McCarthy, Mary. «The Writing on the Wall», en *The Writing on the Wall and Other Literary Essays*, pp. 153-70. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1970.
- Miłosz, Czesław. *The Captive Mind*. Traducción de Jane Zielonko. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1953.
- Mises, Ludwig von. «Economic Calculation in the Socialist Commonwealth» [1920], en F. A. Hayek (ed.), *Collectivist Economic Planning*, pp. 87-130. Londres: Routledge, 1935.
- Nutter, G. Warren. *The Strange World of Ivan Ivanov*. Nueva York: World Publishing Co., 1969.
- Orwell, George. *The Road to Wigan Pier*. Londres: Gollancz, 1937.
- Orwell, George. 1984. Traducción de Rafael Vázquez Zamora. México: Planeta Mexicana, 1999. Versión original en inglés: *Nineteen Eighty-Four* (Londres: Secker & Warburg, 1949).
- Orwell, George. *Homage to Catalonia*. Nueva York: Harcourt Brace & Co., 1952.
- Orwell, George. *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* (Ian Angus y Sonia Orwell, eds.), 4 vols. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1968.
- Pasternak, Boris. *Doctor Zhivago*. Traducido por Max Hayward y Manya Harari. Nueva York: Pantheon, 1958.
- Portocarrero, Gonzalo. «El dios impotente: La (in)humanidad de Trujillo en *La fiesta del chivo*», en Alonso Cueto et al., *Las guerras de este mundo: Sociedad, poder y ficción en la obra de Mario Vargas Llosa*, pp. 183-90. Lima: Planeta, 2008.
- Roback, Jennifer. «The Economic Thought of George Orwell», *American Economic Review*, 75 (1985): 127-32.
- Rodden, John. «Soviet Literary Policy, 1945-1989: The Case of George Orwell», *Modern Age*, 32 (1988): 131-39.
- Rossi, John P. «Why the Left Hates Orwell»,

-
- Intercollegiate Review*, 17 (1982): 97-105.
- Rovere, Richard H. «George Orwell», en Robert B. Luce (ed.), *The Faces of Five Decades: Selections from Fifty Years of The New Republic, 1914-1964*, pp. 365-73. Nueva York: Simon and Schuster, 1964.
- Rusbridger, Alan. «The Snowden Leaks and the Public», *New York Review of Books*, 60 (18) (2013): 31-34.
- Santayana, George. *La vida de la razón, o Fases del progreso humano*. Traducción de Aída A. de Kogan. Buenos Aires: Editorial Nova, 1958. Versión original en inglés: *The Life of Reason, or The Phases of Human Progress* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1905).
- Soar, Daniel. «Incendiary Devices», *London Review of Books*, 36 (4) (2014): 9-10.
- Steiner, George. «Killing Time», en *George Steiner at The New Yorker*, pp. 95-116. Nueva York: New Directions, 2009.
- Suskind, Ron. «Without a Doubt: Faith, Certainty and the Presidency of George W. Bush», *The New York Times Magazine* (octubre 17, 2004), pp. 44-51, 64, 102, 106.
- Trilling, Lionel. «Orwell and the Politics of Truth», en *The Opposing Self: Nine Essays in Criticism*, pp. 133-51. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1979.
- Vargas Llosa, Mario. *La fiesta del chivo*. Madrid: Alfaguara, 2000.
- Vargas Llosa, Mario. «George Orwell: Socialista, libertario y anticomunista», en *La verdad de las mentiras*, pp. 213-27. Madrid: Alfaguara, 2002.
- Yoder, Christopher. «Science vs. Ideology: The Case of Lysenko», *Intercollegiate Review*, 8 (1972): 45-51.
- B. *Otras referencias sobre Orwell y sus obras*
- Bowker, Gordon. *Inside George Orwell: A Biography*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003.
- Burton, Paul. «George Orwell and the Classics», *Classical and Modern Literature*, 25 (2005): 53-75.
- Crick, Bernard. *George Orwell: A Life*. Boston: Little, Brown and Co., 1980.
- Davison, Peter. *George Orwell: A Literary Life*. Nueva York: Palgrave, 1996.
- Eagleton, Terry. «Reach-Me-Down Romantic», *London Review of Books*, 25 (12) (2003): 6-9.
- Eckstein, Arthur. «1984 and George Orwell's Other View of Capitalism», *Modern Age*, 29 (1985): 11-19.
- Epstein, Joseph. «The Reputation of George Orwell», en *Pertinent Players: Essays on the Literary Life*, pp. 246-67. Nueva York: Norton, 1993.
- Fyvel, T. R. «George Orwell and Eric Blair: Glimpses of a Dual Life», *Encounter*, 13 (1) (1959): 60-65.
- Gardner, Averil. *George Orwell*. Boston: Twayne Publishers, 1987.
- Gallagher, David. «El cumpleaños de Orwell», en *Otras improvisaciones*, pp. 477-78. Santiago: El Mercurio Aguilar, 2004.
- Gleason, Abbott, Jack Goldsmith y Martha Nussbaum (eds.) *On Nineteen Eighty-Four: Orwell and Our Future*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2005.
- Greer, Herb. «Orwell in Perspective», *Commentary*, 75 (3) (1983): 50-54.
- Hitchens, Christopher. *Why Orwell Matters*. Nueva York: Basic Books, 2002.
-

-
- Howe, Irving. «George Orwell: “As the Bones Know”», en Nina Howe (ed.), *A Voice Still Heard: Selected Essays of Irving Howe*, pp. 73-82. New Haven, CT: Yale University Press, 2014.
- James, Clive. «The All of Orwell», en *Reliable Essays: The Best of Clive James*, pp. 3-24. Londres: Picador, 2001.
- Leys, Simon. «The Intimate Orwell», en *The Hall of Uselessness: Collected Essays*, pp. 174-89. Nueva York: New York Review Books, 2013.
- McNamara, James y Dennis J. O’Keeffe. «Waiting for 1984: On Orwell and Evil», *Encounter*, 59 (6) (1982): 43-48.
- Meyers, Jeffrey. *Orwell: Wintry Conscience of a Generation*. Nueva York: Norton, 2000.
- Pritchett, V. S. «The Crystal Spirit», en *Complete Collected Essays*, pp. 1180-83. Nueva York: Random House, 1991.
- Rodden, John. *Scenes from an Afterlife: The Legacy of George Orwell*. Wilmington, DE: ISI Books, 2003.
- Rodden, John (ed.) *The Cambridge Companion to George Orwell*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.
- Rossi, John P. «George Orwell’s Concept of Patriotism», *Modern Age*, 43 (2001): 128-32.
- Saunders, Loraine. *The Unsung Artistry of George Orwell: The Novels from Burmese Days to Nineteen Eighty-four*. Aldershot, UK: Ashgate, 2008.
- Shelden, Michael. *Orwell: The Authorized Biography*. Nueva York: HarperCollins, 1991.
- Simms, Valerie J. «A Reconsideration of Orwell’s 1984: The Moral Implications of Despair», *Ethics*, 84 (1974): 292-306.
- Taylor, D. J. *Orwell: The Life*. Nueva York: Henry Holt and Co., 2003.
- Tucker, Robert C. «Does Big Brother Really Exist?», *The Wilson Quarterly*, 8 (1) (1984): 106-17.
- Wain, John. «Orwell and the Intelligentsia», *Encounter*, 31 (6) (1968): 72-80.
- Zimbardo, Philip G. «Mind Control: Political Fiction and Psychological Reality», en Peter Stansky (ed.), *On Nineteen Eighty-Four*, pp.197-215. Nueva York: W. H. Freeman and Co., 1983.